EL SÍNDROME DE ÁFRICA.

Tras dos horas de reparación de nuestro sexto pinchazo, no sabía si sería el sol, el cansancio o la desesperación lo que me transportaba de nuevo a mi pequeña casa de Vergel. En aquellos momentos, sentados delante del mapa geográfico que presidía nuestro salón, no podíamos imaginar lo pequeño que era ese trozo de papel en comparación con el abismo del continente negro.

Cinco años trabajando en el zoo, intentando mejorar la mísera vida que supone la cautividad para un animal de corazón salvaje, nos había hecho pensar que ayudar en su hábitat de origen era lo único que podía apaciguar este sentimiento de culpa, tras cada jornada con nuestros bichos.

Así que después de un año planificando, con las pilas cargadas y el espíritu de aventura, responsabilidad o simplemente colmados de estupidez, nos pusimos en marcha.

Y allí estábamos. Habíamos recorrido más de siete mil kilómetros con nuestro indestructible Land Rover Defender, haciendo la ruta oeste del continente africano, desde Alicante hasta el que debía ser nuestro destino, el centro de Gabón, donde habíamos oído que vivía el maravilloso elefante africano de selva (Loxodonta cyclotis). Estábamos a solo unos pocos kilómetros de Libreville, la capital del país y última escala antes de llegar al parque natural de Lopé, situado en la zona central de este maravilloso país, que hoy en día sigue intentando evitar la extinción de este gran mamífero.

Nuestra arrogancia e idealismo pretendía llevarnos hasta algún centro de rescate de fauna salvaje (ignorantes de nosotros que desconocíamos si existía alguno en la zona), donde poder ofrecer nuestros servicios como veterinario y cuidador de animales salvajes, y de esta forma poder ayudar a mejorar la salud y la vida de estos animales, y de paso, salvar el mundo.

Nuestra base de operaciones sería Mikongo, una pequeña aldea donde se ubica su homónimo centro de conservación. En aquellos momentos el centro no contaba con veterinario y como suele suceder en este tipo de instalaciones, tampoco es que fueran muy bien recibidos. Pero nuestra determinación y sobre todo la farmacopea incluida en nuestro equipaje, tan necesaria en estos lares, fue limando los recelos de los valerosos trabajadores del centro, en el que finalmente fuimos aceptados.

Así que durante un mes trabajamos en lo que fuera necesario, que pocas veces tenía que ver con esta nuestra profesión (o tal vez si): limpieza del perímetro del campamento (ya que madre tierra y su selva reclamaban su espacio), preparación de comidas, observación del comportamiento de diversas especies de pequeños primates, etc. Pero por el momento, nada de elefantes.

Hasta que por fin llegó mi día. Un guía local informó que se había visto un macho joven de elefante de selva con una grave herida en la trompa, aunque no supo concretar de qué tipo. Según la información recibida, el animal se encontraba a pocos kilómetros del campamento, separado de su grupo en un claro de la selva, sin parecer tener interés por moverse de ese lugar.

Inmediatamente y sin la planificación necesaria, cogimos todo lo que pudimos cargar de nuestro botiquín y nos dirigimos al lugar donde se había visto al animal por última vez. Efectivamente, allí permanecía bastante apático, en un estado de salud preocupante, no sabía si por imposibilidad de alimentarse o por una infección. Pudimos observar bastante bien el problema. La pobre criatura debía haberse clavado algún objeto punzante en la parte distal de la trompa (seguramente de origen humano), y tenía esta desgarrada, dejando ver uno de los conductos nasales.

Viendo que si no actuábamos seguramente el animal no sobreviviría, decidimos sedarle para intentar limpiar y si podíamos, suturar sus heridas, tal y como ya había hecho en alguna ocasión en el zoo.

Así que tras 300 mg de xilacina inyectados con cerbatana, muchas cuerdas y muy poca resistencia por parte de "Baba" (que se tumbó suavemente sobre su pecho), me dispuse a intentar reparar el desastre. Tras muchos puntos de sutura y unos cuantos gramos de quinolona, se pudo reconstruir su probóscide, cuya sutura aguantaba 10 días después. Encontrándose mejor, el animal huyó de pinchazos y cuidados que no creía necesarios y se adentró en la selva, donde hemos sabido que ha sido observado con su grupo.

Algunos años después, en nuestra cómoda vida occidental, un sentimiento de impotencia y tristeza me sigue llevando a aquel lugar en el que quiero pensar que Baba lucha por conservar sus colmillos. Espero algún día sanar de este síndrome que te hace desear con fuerza volver a África.